

DEMOCRACIA

"CON VALORES"

Desde que España ha entrado en la Democracia moderna (liberal e inorgánica):

1.º Con la Ley de Reforma Política de 1976. 2.º Con la subsiguiente Constitución de 1978, la Iglesia oficial española ha presenciado sin inmutarse (incluso con taranconiana satisfacción):

— La pérdida de la milenaria unidad religiosa de España.

— La pérdida de la confesionalidad católica del Estado.

— La legalización del Partido Comunista y de toda asociación sectaria.

— La libertad de expresión para cualquier doctrina, para la pornografía o la impiedad.

— La práctica laicización de la enseñanza.

— Incluso el divorcio vincular.

No podía obrar de otro modo, puesto que todo eso es consecuencia de la libertad religiosa proclamada por el Concilio, que la considera no como una situación de hecho más o menos tolerable, sino como un derecho de la persona. Con ello se desmontaron los Estados católicos y de ello derivó todo lo demás, puesto que quien concede lo más (la libertad en religión) concede lo menos (libertad política, moral, etc.). A los veinte años de la llamada transición, el Presidente de la Conferencia Episcopal (Sr. Yanes) ha reclamado que se reconozca la colaboración (o complicidad) de la Iglesia en los fastos conmemorativos de dicha transición democrática.

Ahora bien, resulta que en el programa (explícito o implícito) del partido que ha venido gobernando se incluye después por lógica consecuencia:

— El aborto libre.

— La legalización de las uniones extra-matrimoniales.

— El control de la natalidad.

— Los matrimonios de homosexuales.

— La adopción por éstos de niños.

— La legalización de la eutanasia...

¡Ah, esto no! Aquí retrocede la beata complacencia eclesiástica y se le hará necesario tragarse la lógica y ese «ordenamiento constitucional» que se hace jurar a los reclutas con presencia de un clérigo.

— ¿Cómo consentir que se mate a los niños en el seno de su madre?

— ¿Y por su propia madre?

— ¿Que se casen los maricas entre sí?

— ¿Que adopten criaturas para ejercer la pederastia?

— ¿Que se mate a viejos e inválidos?

¡Por muy constitucional y democrático que sea! Es preciso poner unos límites, aun a riesgo de que nos llamen dictatoriales, inquisitoriales o integristas. Entonces surge en nuestros amados pastores la exigencia de unos «valores» inmutables como puntos de referencia, lo que llaman ahora «una democracia con valores» (García Gasco).

Ellos sabían perfectamente cuando se votó la Ley de Reforma Política que no se iba a una democracia de tipo ateniense ni a una democracia orgánica, sino a la pura y dura democracia rossoniana proclamada en la Asamblea Constituyente de la Revolución Francesa. Es decir, a aquella que erige a la Voluntad General como única norma y origen del poder, expresada por sufragio individual e igualitario en «la mitad más uno». No tuvieron empacho en votar la Reforma Política ni en enterrar al hoy llamado despectivamente «nacional-catolicismo». Tampoco en acudir a la ONU a bendecir juntos a todos cuantos, por sus ideas y significación, habían sido condenados por los Papas precedentes. Sabían, por lo tanto,

que una tal democracia no admite puntos inmutables de referencia, ni «valores preexistentes», que la convertirían por ello mismo en otra muy distinta democracia, ajena por completo a la noción de democracia moderna.

No se atreven a poner como límite la ley natural ni los Mandamientos de la Ley de Dios, que ellos representan, porque temen sobre todas las cosas ser tildados de confesionales o «fundamentalistas». Hablan por ello de «valores». El término «valor» es totalmente confuso y posee una evidente resonancia subjetiva por más que la llamada «teoría de los valores» (o axiología) haya pretendido darles un alcance objetivo. Tampoco hablan, además, de valores religiosos, sino de cosas como «la vida» o «la dignidad de la persona humana». De la vida no nos dicen si se trata de la vida natural o de la sobrenatural (la gracia) o de la eterna. Por otra parte, si la vida es un valor absoluto, también lo será en los animales que comemos y en los insectos que exterminamos. Incluso en la vida humana: ¿No será lícito dar la vida por la patria o aceptar el martirio por la fe? En cuanto a la «dignidad de la persona humana» es un concepto de origen kantiano del que pueden extraerse las más variadas consecuencias.

Nosotros, por nuestra parte y aunque sea en solitario, defendemos que por encima de toda legislación humana está la Ley de Dios, que prohíbe matar, fornicar, robar y muchas cosas más. Es decir, un Estado confesional basado en la religión verdadera, que, en nuestro caso, coincide con la religión común o ambiental, que es también la histórica o tradicional.

Para esto nos reuniremos una vez más en Zaragoza (19 al 21 de abril), para pedir a la Virgen del Pilar que interceda por la salvación de España y de las almas de nuestros hijos y descendientes.

Rafael GAMBRA